



María Paz Gallardo Barria  
*Teatro, escuela y masculinidades*  
Oso Liebre, 2023, 216 pp.

Ricardo Amigo Dürre  
Universidad de Chile  
ricardo.amigo@uchile.cl

El libro de María Paz Gallardo se sitúa en un cruce de perspectivas escasamente exploradas en conjunto en el medio local: la articulación de los estudios de masculinidades, la educación y las artes performáticas. De allí que esta publicación pionera convoque a un comentario sobre la relevancia y posible profundización de algunas dimensiones de análisis implicadas en este cruce, así como sobre sus potencialidades metodológicas a partir de la articulación interdisciplinaria del arte y las ciencias sociales.

El libro posee tres capítulos, además de la introducción y las conclusiones, a lo largo de los cuales la autora muestra cómo el teatro escolar se puede convertir, en sus palabras, en «un instrumento que posibilita a los jóvenes la libre expresión de género –en el caso específico del taller de teatro estudiado, la masculinidad–, de manera orgánica, diversa y respetuosa» (13). Un primer punto a destacar es que la autora construye su argumento a partir de su propia experiencia y observaciones como profesora en un colegio de élite, católico y monogénico masculino de la comuna de Las Condes, donde desde 2015 dirige un taller extraprogramático de teatro. A ello se suman las voces de doce alumnos entrevistados por ella –once varones y una mujer, que se incorporó al taller hacia el final del período estudiado–, y que participaron del taller entre los años 2015 y 2019, antes de que la pandemia coartara la posibilidad de encontrarse cara a cara, indispensable para que el teatro pueda desplegar toda su fuerza creativa y transformadora.

En el primer capítulo del libro, Gallardo establece un amplio diálogo con importantes referentes de los estudios sobre masculinidades, desde Raewyn Connell, Michael Kimmel y Mara Viveros hasta Sebastián Madrid y José Olavarría, en el contexto local,

cuyos trabajos le permiten construir una sólida base teórica enmarcada en la perspectiva de la masculinidad como una construcción social relacional atravesada por diferencias y desigualdades de poder. A ello se suma una reflexión específica sobre las características de las construcciones de masculinidad en los colegios de élite, donde parece primar la transmisión del ideal hegemónico a través de un «currículum gerencial», en palabras de Sebastián Madrid, generando tensiones con las distintas masculinidades subordinadas que también se encuentran presentes entre los alumnos.

El segundo capítulo representa, de cierta forma, el corazón del libro, pues está dedicado al análisis y reflexión sobre el taller de teatro que dirige la autora, comenzando por un destacable ejercicio de reflexividad respecto a la relevancia de la propia posicionalidad como mujer, de provincia y de otra clase social en la relación con los participantes del taller. La parte central del capítulo está organizada a partir de la discusión de varios montajes realizados a lo largo de los años: «Topografía de un desnudo», de Jorge Díaz, en 2015, «La Paz», adaptación de un drama de Aristófanes, en 2017, y «Novecento», de Alessandro Baricco, en 2019. Gallardo muestra los desafíos, tensiones y procesos reflexivos en relación con la dimensión de género desencadenados por la realización de cada uno de estos montajes, y luego dirige su atención a las prácticas y construcciones de masculinidad que observaba previo al taller, a las transformaciones que produjo la práctica teatral, así como a las contradicciones que es posible observar al considerar el contexto más amplio de la violencia simbólica y los cánones patriarcales que estructuran las relaciones de género en nuestra sociedad.

El tercer y último capítulo, finalmente, está dedicado a una reflexión más amplia en torno al rol del teatro en la construcción de masculinidades orgánicas, diversas y respetuosas de la diferencia. Para ello, Gallardo revisa la manera en la que históricamente se ha constituido la práctica escénica en relación con las construcciones e inequidades de género y, en un apartado que podría resultar señero para las proyecciones de su trabajo, trae a colación las propuestas de Paulo Freire respecto a la pedagogía del oprimido y de Augusto Boal sobre el teatro del oprimido para reflexionar en torno a las potencialidades del juego dramático para contribuir a la construcción de masculinidades menos constreñidas por los cánones y mandatos patriarcales, por ejemplo, en relación con la exteriorización de emociones y afectos.

Quisiera destacar cuatro aportes relevantes del libro, así como señalar algunas preguntas que permitirían profundizar la reflexión en torno a las construcciones hegemónicas de masculinidad y el rol que le cabe a la práctica teatral escolar en ponerlas en tensión y, eventualmente, transformarlas.

En primer lugar, destaca el cuidado y asertividad con los que la autora logra situar a sus interlocutores e interlocutora, tanto en términos de sus identidades de género y su posición de clase como en relación con los procesos vitales que cada uno de ellos se encuentra atravesando, es decir, la adolescencia, con sus preguntas, conflictos y tribulaciones. Sin decirlo, Gallardo se inscribe, de esta forma, en las propuestas contemporáneas que buscan en la interseccionalidad una clave para comprender las desigualdades que

nos atraviesan y que no solo tienen como corolario las disparidades generizadas de poder o en el acceso a oportunidades, sino que también generan posicionalidades y experiencias distintas a través de la articulación de ejes de opresión interrelacionados, como son el género y la clase social, a los que la autora agrega el aspecto generacional. Ahora bien, uno de sus principales aportes consiste en abordar interseccionalmente una posición de privilegio dentro de nuestra sociedad, haciendo eco de la propuesta de Mara Viveros de comprender la interseccionalidad no solo como una perspectiva que permite comprender la dominación, sino también «la existencia de posiciones sociales que no padecen ni la marginación ni la discriminación, porque encarnan la norma misma, como la masculinidad, la heteronormatividad o la blanquitud» (Viveros Vigoya 8), sin perjuicio de que los participantes del taller no sean necesariamente, dentro de ese contexto, quienes realmente encarnan la norma.

Siguiendo con lo anterior, queda abierta la pregunta en torno al tercero de los ejes de dominación clásicamente asociados con la interseccionalidad: la raza. En los últimos años, en Chile se ha comenzado a conformar una corriente de investigación que no solo cuestiona las construcciones dominantes del mestizaje, sino que también problematiza aquella identidad racial que, a ratos, es asumida –al menos discursivamente– por gran parte de la población y, a ratos, parece estar vinculada sobre todo a la clase dominante: la identidad «blanca» (Amigo Dürre). Esta no necesariamente tiene que ver con la blancura de la piel, sino con una construcción social e ideológica que valora la ascendencia europea, comprende a Chile como una provincia de Occidente y niega, invisibiliza o minimiza las contribuciones indígenas y afrodescendientes. En esta línea, hubiese sido interesante explorar cómo se posicionan los jóvenes que participan de los talleres de teatro en relación con este eje, y de qué forma la construcción de masculinidad hegemónica en este contexto posee también un carácter colonial y blanqueado.

En segundo lugar, rescato la forma en la que Gallardo dialoga con el campo interdisciplinario de los estudios de género y, particularmente, con los estudios sobre masculinidades. En particular, el trabajo pone el dedo en la llaga, apuntando a una tensión de difícil resolución que atraviesa gran parte del campo mencionado, y que marca la distinción entre los enfoques más bien terapéuticos, que ven en la masculinidad algo que oprime y produce malestar en los hombres, y los enfoques críticos, que enfatizan el lugar de las construcciones de masculinidad en el sistema más amplio de las relaciones de género, así como los procesos de subjetivación a los que da lugar la repetición estilizada de actos, en los términos de Butler, que hacen a alguien ser «hombre». Desde esta perspectiva, las construcciones de masculinidad no serían solo algo que constriñe la expresión de una masculinidad natural y libre, sino que también son interiorizadas por el sujeto en cuanto autoimagen y práctica corporal habitualizada. A mi modo de ver, este aspecto se relaciona también con los posibles alcances del teatro escolar como herramienta pedagógica: ¿se trata solo de una herramienta que permite que se exprese una interioridad oprimida de los alumnos o, en definitiva, de una práctica que produce subjetividades distintas?

En línea con lo anterior, un tercer punto se refiere a la relación entre lo que la investigadora de la performance Diana Taylor (2011) denomina lo performático (la performance como representación, como espectáculo o como juego) y lo performativo (la performance como la sedimentación de construcciones identitarias a través de la reiteración de acciones estilizadas, en perspectiva butleriana). La lectura del libro de María Paz Gallardo permite comprender que, efectivamente, lo performático es también performativo, o al menos puede serlo, pues es la práctica teatral escolar en sí misma, con su énfasis en el proceso, en el juego y en la formación corporal, afectiva e intelectual, la que permite que los alumnos no solo se vean a sí mismos de una nueva forma, contrastando sus expectativas y experiencias de vida con aquellas de los personajes y situaciones representadas, sino que también les ofrece nuevas experiencias del cuerpo, tanto propioceptivas como en relación con otros, de forma que se hacen posibles también nuevas formas de comprenderse a sí mismos y construir performativamente su identidad. En este sentido, se echa en falta una descripción y análisis más detallado de las características estéticas de los montajes realizados con los alumnos, sobre todo en relación con las formas de movimiento e involucramiento corporal, comprendiendo que la performatividad es, ante todo, corporizada.

Finalmente, el libro de María Paz Gallardo, y sobre todo su tercer capítulo, allana el camino hacia un trabajo aplicado y de intervención en contextos escolares y, eventualmente, universitarios, a partir de los elementos y efectos que ella misma identifica. Si la práctica del teatro escolar es una experiencia transformadora, que permite cuestionar las construcciones de masculinidad hegemónicas y que aporta a la conformación de masculinidades orgánicas, diversas y respetuosas, ¿por qué no diseñar un dispositivo metodológico que pueda ser implementado de forma puntual en distintos contextos educativos y que permita que los alumnos y/o alumnas reflexionen sobre sus propias prácticas e identidades a partir del juego, el cuerpo y la experiencia? Pienso aquí en las metodologías de performance-investigación desarrolladas por autoras como Citro et al. que proponen hacer de la performance no solo un objeto de reflexión, sino también una forma de puesta en circulación del conocimiento y, sobre todo, de puesta en tensión de construcciones identitarias que, la mayoría de las veces, permanecen invisibles por lo naturalizadas que se encuentran. Huelga recordar que, como expresan varios de los alumnos entrevistados, la masculinidad no les había aparecido como un problema con anterioridad a su participación en el taller. Por supuesto, tal naturalización del privilegio hace más patente aún el desafío de desarrollar herramientas de análisis, pero también estrategias de intervención que conduzcan, en palabras de la autora, «a entender las relaciones humanas desde el respeto y la aceptación de las diferencias e individualidades», permitiéndonos «vivir en libertad, acercando a las personas a estados de bienestar, y reduciendo la violencia de género» (204).

## Referencias

- Amigo Dürre, Ricardo. «Blanquidades chilenas: elementos para un debate». *Tabula Rasa*, n° 45, 2023, pp. 91-115, <https://doi.org/10.25058/20112742.n45.05>
- Butler, Judith. «Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista». *Debate feminista*, n° 18, 1998, pp. 296-314, [https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate\\_feminista/article/view/526/446](https://debatefeminista.cieg.unam.mx/index.php/debate_feminista/article/view/526/446)
- Citro, Silvia, Adil Podhajcer, Luz Roa y Manuela Rodríguez. «Investigar desde la performance. Un abordaje comparativo del teatro etnográfico y las intervenciones performáticas participativas». *Antropología Experimental*, n° 20, 2020, pp. 13-24, <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v20.02>
- Madrid, Sebastián. «La formación de masculinidades hegemónicas en la clase dominante: el caso de la sexualidad en los colegios privados de elite en Chile». *Sexualidad, salud y sociedad*, n° 22, 2016, pp. 369-398, <https://www.e-publicacoes.uerj.br/SexualidadSaludySociedad/article/view/22453>
- Taylor, Diana. «Performance, teoría y práctica». *Estudios avanzados de performance*, editado por Diana Taylor y Marcela Fuentes. Fondo de Cultura Económica, 2011, pp. 7-30.
- Viveros Vigoya, Mara. «La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación». *Debate feminista*, n° 52, 2016, pp. 1-17, <http://doi.org/10.1016/j.df.2016.09.005>

AISTHESIS 76 | OCTUBRE 2024

